



Yan Lianke
Los cuatro libros



Galaxia Gutenberg

YAN LIANKE

Los cuatro libros

Edición, prólogo,
traducción y notas de
Taciana Fisac

Galaxia Gutenberg

Este trabajo ha sido parcialmente realizado gracias al apoyo del
Programa Nacional de I+D+i (FFI2011-25897)

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Si Shu* 《四书》

Traducción del chino: Taciana Fisac

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre 2016

© Yan Lianke 阎连科, 2010

© de la traducción: Taciana Fisac, 2016

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación: Sagrafic, SL

Depósito legal: B. 15654-2016

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-16-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares,
a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español
de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para leer *Los cuatro libros*

Cualquier lector poco familiarizado con los acontecimientos de la China contemporánea pudiera atribuir los incidentes y las pequeñas anécdotas narradas a lo largo de estas páginas al despliegue imaginativo del autor. Sin embargo, la principal inspiración de Yan Lianke es la propia Historia, cincelada hasta en las más extravagantes locuras y los más nimios detalles.

Corría el año 1956 cuando Mao Zedong, el Gran Timonel de China, hizo una llamada a los intelectuales y profesionales para que contribuyeran con sus opiniones a la construcción del país. El Partido Comunista Chino animaba a poner en cuestión la actuación de sus líderes, promoviendo el crecimiento de «flores» incluso a costa de la proliferación de «malas hierbas». Aparentemente, cualquier crítica bien fundada se consideraba positiva y bienvenida, encuadrada en un movimiento para corregir las tendencias impropias en el seno de la organización (*chengfeng yundong*). Paradójicamente, un editorial publicado el 8 de junio de 1957 en el *Diario del Pueblo* modificó radicalmente estos criterios: numerosos escritores, profesionales y estudiosos de las más diversas especialidades se convirtieron en víctimas de la denominada Campaña Antiderechista y fueron enviados a campos de trabajo para «reeducarse».

Algunos de estos intelectuales, afines al régimen, sencillamente se habían atrevido a dar su parecer sobre ciertos temas cuando el Partido así lo había requerido. Muchos otros, bajo aparentes reprochaciones políticas, fueron objeto de rencillas, envidias o del establecimiento aleatorio en cada unidad de trabajo de un porcentaje fijo de individuos cuyos comportamientos se consideraban sospechosos. Varios cientos de miles de profesionales y estudiosos fueron tachados entonces de «derechistas». Era una etiqueta política equivalente a la de «antirrevolucionario», independientemente de la ideología, que les acompañaría a lo largo de más de veinte años,

durante el resto del periodo maoísta. En este punto se inicia la novela de Yan Lianke. Los avatares y las vidas absurdamente truncadas de hombres y mujeres guían la trama de *Los cuatro libros*.

A lo largo de 1958 se lanzaron varias campañas políticas con gran impacto entre la población: el establecimiento de las comunas, la socialización de las viviendas privadas y el Gran Salto Adelante. La última proponía acelerar la industrialización de China mediante la producción de hierro y acero a gran escala. Se movilizó a los campesinos y se les asignaron tareas relacionadas con la metalurgia, provocando un cierto abandono de los campos y, en consecuencia, una disminución de la producción de cereales. Pero la propaganda oficial difundía exitosas noticias de cosechas abundantes, con fotos de niños saltando sobre extraordinarios campos de arroz. Años más tarde se comprobaría que habían sido burdas manipulaciones. El desmantelamiento de algunas comunas dio prueba del fracaso de los nuevos modos de organización social.

A pesar de todo, los burócratas no modificaron los objetivos de la planificación agrícola y continuaron reclamando a los agricultores las cantidades de grano establecidas en los planes económicos quinquenales. Las cifras estaban infladas y resultaba imposible entregar al Estado las cantidades exigidas sin ver afectado el propio sustento. A partir de entonces dio comienzo una de las mayores hambrunas de China: más de treinta millones de habitantes de las zonas rurales murieron entre 1959 y 1962. La memoria oficial sigue atribuyendo estas muertes a catástrofes naturales. De hecho, el inicio de la nueva década trajo consigo sequías e inundaciones. No obstante, en un país tan acostumbrado a los duros avatares de la climatología, la explicación resulta claramente insuficiente.

En la sociedad china contemporánea se han publicado textos críticos con la Campaña Antiderechista (1957) y los horrores de la Revolución Cultural (1966-1976), que han sido definidos como «diez años de caos». Los primeros fueron sumamente sangrientos y dieron fama a los llamados «guardias rojos» y al Libro Rojo de Mao. No en vano es la razón por la cual incluso se ha aceptado oficialmente como erróneo un tercio de la actuación de Mao Zedong. Ahora bien, el silencio se ha impuesto sobre los anteriores años de producción irracional de hierro y hambrunas. Poco se sabe de una catástrofe que afectó a gran parte de la población, especial-

mente en las zonas rurales. Su alcance permite pensar que ha sido la mayor hambruna sufrida a lo largo de la historia de la humanidad. La responsabilidad de quienes ostentaban entonces el poder y la severidad de lo acontecido son temas sobre los cuales, en la China actual, es preferible no hablar, y menos aún escribir.

La historia aquí narrada debería equipararse a otros grandes holocaustos de la humanidad, puesto que acabó con la muerte de varias decenas de millones de personas. Con todo, apenas se conocen las vicisitudes de aquellos tiempos. El drama recreado en *Los cuatro libros* nos remite a aquella época y es cierto, no se trata de una invención. La narración nos sumerge en el abuso del poder y la complejidad de las relaciones interpersonales en un contexto deshumanizado. Se trata de un empeño por evocar episodios reales con la fuerza de las palabras, evitando así su olvido para siempre.

El título de la novela tiene una relación directa con Los Cuatro Libros del canon confuciano: *Las Analectas* o *Diálogos* de Confucio, *La doctrina del Justo Medio*, *La Gran Ciencia* y *Mencio*. Confucio (551-479 a. C.) ha sido el pensador humanista chino de mayor influencia durante siglos. El código ético confuciano se recogió en diversos textos, interpretados a lo largo del tiempo por muchos sabios posteriores, y alcanzó la consideración de estándar moral hasta el mundo moderno. El confucianismo se oponía a los castigos y la fuerza, preconizaba la virtud y el ejemplo moral de los nobles y dirigentes, y promovía la correspondencia entre las palabras y los actos para lograr el buen gobierno. Además, confiaba en la posibilidad de cambiar a los seres humanos mediante la educación y en el predominio de la benevolencia (*ren*) para la construcción de unas relaciones sociales armoniosas.

Yan Lianke utiliza igualmente cuatro textos entrelazados en torno a los cuales estructura su relato. Trata así de rememorar un periodo ignorado dentro y fuera de China, entre los años cincuenta y sesenta del pasado siglo xx. Al igual que durante generaciones las élites intelectuales estudiaban e incluso memorizaban Los Cuatro Libros en los cuales se recogía el canon moral del periodo imperial, estos nuevos «Cuatro Libros» están llamados a sustituir o complementar los anteriores, convirtiéndose en referencia obligada para no olvidar la destrucción colectiva e individual en la cual desembocó la locura del totalitarismo. La enorme riqueza de matices y dobles sentidos del título admite múltiples interpretaciones.

El primer libro, *El niño del Cielo*, se abre con la narración del establecimiento de los campos de reeducación donde fueron confinados los «derechistas». El eco del relato bíblico del Génesis resuena con fuerza, en una amalgama con conceptos clásicos de la filosofía y las religiones chinas, tales como la pareja suprema que rige todo en el universo: el Cielo y la Tierra. La dificultad del texto original –el más complejo y que más tiempo me ha requerido de cuantos he traducido– me obligó a consultar directamente algunas dudas con Yan Lianke, que me insistió en utilizar en la traducción un lenguaje a veces oscuro e incompresible, semejante al de la Biblia en chino. La visión ofrecida de los acontecimientos en este primer libro pone de manifiesto el poder casi divino del Partido, personificado en un niño inocente, ingenuo, capaz de lo mejor y lo peor. Es un individuo deseoso de progresar y obtener los parabienes de sus superiores, una pieza del sistema burocrático que nos remite también a «la banalidad del mal» con la cual se ha caracterizado el análisis de otros totalitarismos europeos. Pero este niño, que premia a los reclusos con florecillas rojas como se sigue haciendo hoy en los parvularios, imitará a mártires de la revolución comunista y a Jesucristo.

En el segundo libro, *El antiguo cauce*, se alcanzan las cotas más altas de poeticidad. El protagonista es el autor imaginario del texto. Su comportamiento cotidiano contrasta con la grandeza otorgada al propio acto de escribir. Dignidad y mezquindad le acompañan junto al resto de los estudiosos y compañeros de encierro, en su camino para transformarles en «hombres nuevos». En esta parte de la novela resulta evidente la influencia de la tradición china. Los sentimientos y las emociones humanas se funden con la naturaleza: la interacción de los seres humanos con el mundo se describe con sonidos, olores, sabores, colores y texturas, al modo de las famosas poesías de la dinastía Tang. A la antigua usanza china, Cielo y Tierra, arriba y abajo, dentro y fuera conforman un todo que abarca el conjunto del universo, incluyendo la misma creación literaria. La descripción del ciclo de la agricultura se convierte en un espacio para una vibrante exposición de la vida, los sueños y deseos, en un intento por escapar del confinamiento. En el trasfondo aparece el retrato del grandioso e impetuoso río Amarillo –uno de los grandes símbolos de la civilización china–, así como su antiguo cauce. Los campesinos chinos están presentes en una bella alegoría sobre la sangre, el sudor y las lágrimas derramadas en sus tierras y cultivos.

El tercer libro, *Notas sobre los criminales*, introduce un lenguaje más simple, junto con la reproducción de frases y expresiones utilizadas en la propaganda de la época maoísta. La anotación de los dichos y hechos de los reclusos recuerda la práctica habitual de la delación durante el periodo en el cual transcurre la acción. Como colofón, *El nuevo mito de Sísifo*, cuarto y último libro, remite a un conocido ensayo con el mismo título de Albert Camus. Sísifo, personaje de la mitología griega, causante del enfado de los dioses y castigado a empujar eternamente una enorme roca, muestra lo trágico y absurdo del destino. El cierre ofrece una reflexión sobre Oriente y Occidente, a modo de dos caras de una realidad complementaria.

Yan Lianke –en español sería mejor pronunciar Yen Lienque– es uno de los más grandes autores de la literatura china contemporánea. Nació el 24 de agosto de 1958 en un pueblo de la provincia de Henan; así consta en su carné de identidad, aunque en realidad ni él mismo tiene la certeza de que aconteciera concretamente ese día. Sus padres, de origen humilde y rural, nunca supieron decirle con exactitud la fecha de su nacimiento: eran tiempos difíciles de continua movilización social con un escaso margen para asuntos personales. Yan Lianke nació el mismo año del Gran Salto Adelante, tenía ocho años cuando se lanzó la Gran Revolución Cultural Proletaria en 1966 e iba a cumplir dieciocho cuando murió Mao Zedong.

Él conoció directamente los hechos y las consecuencias de las políticas de entonces, a partir de la experiencia de su familia y la suya propia. Desde pequeño se sintió fascinado por la literatura, que veía como un medio para salir de la pobreza. Por eso se enroló en el ejército, donde encontró la oportunidad de obtener una formación, desarrollar una carrera como escritor y acceder a una vida mejor. Años más tarde, alguna de sus novelas se consideró irreverente con los militares, y fue invitado a abandonar sus filas. Actualmente enseña y es profesor adscrito a la Universidad del Pueblo (*Renmin Daxue*), donde se encuentra la sede de la Escuela del Partido Comunista Chino. Paradojas como esta parecen cuestionar una habitual percepción mucho más plana de la realidad, mostrando una enorme riqueza de matices en la situación política y social de la China contemporánea.

Yan Lianke vive actualmente en Pekín, continúa escribiendo, publica y recibe el reconocimiento de lectores y críticos chinos. Ha

obtenido los más importantes premios literarios de la República Popular China: el Lu Xun en la primera y segunda edición (1997 y 2001), y el Lao She en su tercera edición, en 2005. En el año 2014 fue galardonado con el Premio Internacional de Literatura Franz Kafka y, en 2015, por votación popular, obtuvo el Premio Twitter de Literatura en Japón. En julio de 2016 recibió el Premio Sueño en el Pabellón Rojo. Sería interminable enumerar todos sus reconocimientos. En ocasiones se le introduce con el calificativo de autor prohibido en China, cuando en realidad no lo es; incluso algún libro premiado en su propia tierra natal se presenta como censurado.

Hoy en día la literatura en China, al igual que en otros muchos países, tiene un impacto social reducido. En consecuencia, los márgenes de la creación literaria se han ampliado hasta límites insospechados. Sin embargo, como el propio Yan afirma, cualquier escritor mínimamente serio ha tenido alguna vez problemas con la censura y la peor es la ejercida por los propios autores sobre sí mismos. En esta obra, escrita originalmente en chino y en China, Yan Lianke reconoce que para ser fiel a las personas y a la historia narrada dio rienda suelta a su creatividad, sin practicar la habitual autocensura. Por eso fue publicada en Hong Kong y Taiwán. En el continente la consideraron demasiado osada y ninguna editorial se atrevió a imprimirla.

La narrativa de Yan Lianke no deja a nadie indiferente, bien por la calidad de su prosa, bien por su capacidad para diseccionar la realidad social ofreciendo siempre una mirada nueva y profunda. Sus textos retratan épocas de notable dureza o complejidad vital. La responsabilidad social del escritor, en la línea de algunos de los más grandes autores de la China de inicios del siglo XX, sigue muy presente en su pluma. La parodia es otro mecanismo al cual recurre con frecuencia, jugando con símbolos emblemáticos: las estrellas rojas, los lemas políticos y toda la parafernalia del Partido. En ocasiones se le quiere calificar como «maestro del realismo absurdo», pero Yan niega la supuesta extravagancia de sus novelas.

Yan propone como marco para la lectura de sus novelas lo que él mismo ha acuñado como «realismo divino» (*shenshi zhuyi*), aunque también podría traducirse como «realismo del espíritu». Realismo, porque sus obras son siempre alegorías sobre seres humanos y vidas colectivas reales de la época que le ha tocado vivir; y, divino, porque su propósito es ahondar en el devenir de la gente y el espíri-

tu de las personas más allá de una manifiesta lógica. Rechaza las explicaciones evidentes y busca esa verdad oculta a primera vista. Se siente heredero de la ancestral tradición literaria china en la que dioses y espíritus conviven cotidianamente con los seres humanos, así como deudor con la tradición universal de la literatura.

Otra de las preocupaciones del autor de *Los cuatro libros* son los elementos poéticos del texto. En el pasado, durante el maoísmo, las formas debían ser simples y los contenidos directos para evitar posibles ambigüedades en relación con la Revolución. Sin embargo, Yan reivindica la importancia de la estructura y el estilo, defiende la imbricación entre forma y contenido. Dedicar mucho tiempo a repensar cuál será el esqueleto y a entrelazarlo cuidadosamente con la temática, sin olvidar otros elementos identificables con el lenguaje literario. Inventa nuevas palabras o las utiliza en contextos distintos a los habituales. Por ejemplo, no dedica el libro a los intelectuales (*zhishi fenzi*), como en general se hace al hablar de quienes sufrieron el movimiento antiderechista, ya que en el contexto comunista este término tiene relación con los «elementos» que se dedican al «conocimiento» o trabajo del intelecto, en contraposición con el trabajo manual, más propio del proletariado. Yan escoge un término más tradicional: literalmente en chino, «personas que estudian» o «estudiosos» (*dushuren*), que también abarca los significados de sabio, erudito e intelectual.

Algunas de las obras anteriores de Yan Lianke pueden calificarse de alegóricas y burlescas; en *Los cuatro libros* no olvida su característica parodia para abordar hechos dramáticos y reales, y hace uso de todos los recursos lingüísticos y poéticos a su alcance con una creatividad desbordante. Se trata de una novela llamada sin duda a formar parte del canon de la literatura china y universal.

TACIANA FISAC

Los cuatro libros

*A la memoria de los miles y miles de estudiosos, vivos y muertos,
que junto con la Historia han sido olvidados.*

Parte I
EL NIÑO DE ARRIBA

1. *El niño del Cielo* (pp. 13-16)

La madre tierra y los pies habían regresado.

Pasado el otoño, se extendían vastos e inmensos los campos y las llanuras, se balanceaban en desorden los hombres, insignificantes sobre la tierra. El punto negro de una estrella fue agrandándose poco a poco. Las casas de los campos de re-formación¹ dividieron el Cielo y la Tierra.² Entonces los hombres las habitaron. Y así se hizo. En las palmas de sus manos, la tierra sostenía los pies que habían regresado. Caía el sol dorado. Y así se hizo. La brillante luz era gruesa y pesada, cada haz de siete u ocho onzas; uno tras otro, formaban un tupido y denso bosque. Los pies del niño danzaban al caer el sol. El calor quemaba los pies; quemaba los pechos y las espaldas. Los hombres se golpeaban contra el calor. El calor apretaba a los hombres. Las casas del campo de re-formación, los negros la-

1. A lo largo del texto, el autor modifica algunos términos, como el de «reeducación» (*gaizao* 改造), sustituyéndolo por una palabra compuesta por «formación» y «nuevo» (*yu* 育 *xin* 新), literalmente «formar a lo nuevo». En este caso se ha optado por la traducción «re-formación», para dejar constancia de que se trata de un término ideado por el propio autor. Así mismo, la expresión «dividieron Cielo y Tierra» (*kai tian pi di* 开天辟地) es una alusión al mito chino de la creación: la historia de un ser gigantesco, Pangu 盘古, creador del mundo al dividir el Cielo y la Tierra. (*Todas las notas son de la traductora.*)

2. En la filosofía y las religiones chinas, el Cielo (*tian* 天) es conocedor de todo, rige el mundo físico y moral, y se relaciona con el principio del *yang*, mientras que la Tierra (*di* 地) es el principio vivificador del universo, relacionado con el *yin*. El culto al Cielo alcanzaba su culmen en el sacrificio que el emperador ofrecía cada año en el Templo del Cielo. También se realizaban sacrificios a la Tierra.

drillos y las negras tejas, sumamente envejecidos, acumulaban la luz de meses y años del caos primigenio, y en los extensos campos se dividieron el Cielo y la Tierra. Los hombres entonces las habitaron. Y así se hizo. La luz era buena y Dios separó la luz de las tinieblas. Llamó a la luz «día» y a las tinieblas, «noche». Y hubo ocaso y amanecer. Así se separaron. Al momento antes de llegar la oscuridad lo llamó «atardecer». El atardecer era bueno. Las gallinas entraban en los corrales, las ovejas regresaban a sus rediles, se retiraban los arreos de labranza a los bueyes. Los hombres cesaban entonces sus labores.

El niño regresaba, la tierra sostenía los pies en las palmas de sus manos. Las puertas del campo de re-formación estaban desiertas y abiertas de par en par. Él tocó el silbato. El silbido quedó suspendido en el aire y, uno a uno, los hombres fueron llegando. Dijo Dios: «Haya un firmamento por entre las aguas. Que las aparte a unas de otras». E hizo el firmamento, apartando las aguas de debajo de las de arriba. Y así se hizo. Por encima del firmamento, el Cielo, por debajo del firmamento, la Tierra. La Tierra sostenía en sus manos a los hombres, en grupos aquí y allá.

Dijo el niño: «He regresado. Vengo de arriba, del municipio. Proclamo diez artículos».

Leyó diez artículos; eran diez mandamientos.

Primero: En todas las solicitudes de permisos, sin excepción, abstenerse de desplazamientos desordenados.

Segundo: En el trabajo, sin excepción, abstenerse de decir tonterías.

Tercero: En la labranza y la pugna por una abundante cosecha, sin excepción, se premiará y se castigará.

Cuarto: Os ayudaréis mutuamente; se prohíbe mantener relaciones sexuales. La lujuria será penada.

Quinto: Se recogerán de nuevo los libros, los pinceles y la tinta. Se prohíbe leer o escribir sin permiso; abstenerse de pensar.

Sexto: Prohibido difundir habladurías; prohibido difamar.

En total eran diez artículos. Se consideraban diez mandamientos. El décimo prohibía escapar; se debían guardar las instrucciones y respetar las reglas, quienes escaparan obtendrían un trofeo. Antes de llegar la oscuridad, el atardecer templaba la madre tierra. Las casas ennegrecidas del campo de re-formación se erigían en los vastos campos, una hilera tras otra. Delante de la pri-

mera se encontraba el patio, y tenía olmos. En los árboles había pájaros.

Dijo Dios: «Que la tierra se pueble de animales, de todas las especies; animales domésticos, insectos, animales salvajes, pájaros, de cada especie; aves de corral, de cada especie; todos los insectos de cada especie». Vio Dios que era bueno, y dijo: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza, domine los peces del mar, las aves del cielo, los animales terrestres y toda la tierra, todos los insectos y las aves de corral que reptan y se mueven por los suelos. Y las aves que vuelan en el cielo, y todos los animales vivos que serpean por los suelos». Dijo Dios: «Ved que os he dado todas las hierbas que producen semillas sobre la faz de la tierra, todos los árboles que dan fruto y serán vuestro alimento. Y a todas las fieras que caminan por los suelos y las aves del cielo, a todos los vivientes que reptan sobre la tierra les hago entrega de hierbas verdes como alimento». Y así se hizo. Vio Dios cuanto había hecho. Y vio Dios que era bueno. Habían sido creados todos los seres vivos del Cielo y de la Tierra, y de cada especie. Existía orden. Había reglas. Mostró Dios una sonrisa en su rostro.

Dijo el niño: «Son en total diez artículos. El décimo es no escapar, guardar las instrucciones y respetar las reglas; quien escape obtendrá un trofeo». El niño sacó un diploma de papel blanco con reborde rojo, la bandera y el emblema nacional en la parte superior, con la palabra «premio» escrita en grande en lo alto, junto al borde. Los huecos a rellenar del diploma estaban vacíos, y en el lugar del sello había una bala de color dorado. «Marché al municipio, he regresado.» Dijo el niño: «Arriba os los han otorgado, yo os los entrego. Arriba han dicho: quien escape, además de un diploma, obtendrá una bala de verdad».

Y así se hizo.

El niño distribuyó uno a uno los diplomas, y pidió a cada individuo que lo colocara a la cabecera de su cama. O bien que, si lo guardaba bajo la almohada, lo tuviera siempre en mente. Entonces el cielo oscureció. El atardecer era bueno, las gallinas entraban en sus corrales, las ovejas regresaban a sus rediles, se descargaba a los bueyes de sus arreos de labranza. Los hombres entonces abandonaron sus labores. Y el niño añadió: «Corresponde al final de este otoño sembrar. Como mínimo, se asignará el cultivo y la recolección de tres a cinco *mus* de trigo por

persona.¹ Los campesinos no llegarán a las 200 libras de producción por *mu*.² Todos vosotros tenéis aptitudes y cultura, se os exige una producción de 500 libras por *mu*. Lo han dicho arriba, la nación se alza en pie sobre la tierra. Los Estados Unidos son unos cojones; Inglaterra, Francia, Alemania e Italia son todas ellas cojones, excrementos y penes. En dos o tres años, la gente removerá Cielo y Tierra, alcanzará a Inglaterra y sobrepasará a Estados Unidos. Arriba lo han dicho: sembrad trigo, alcanzad la luna y disparad al sol,³ fundid hierro y acero a gran escala, una media de un horno por persona y mes. Tenéis aptitudes y cultura, no podéis quedar por debajo de los campesinos».

Lo habían dicho arriba. Y así se hizo.

«También se permite no cultivar la tierra, o no fundir hierro.» Dijo el niño: «También se permite escapar. En otros campos, hay quienes ya han sido premiados con balas de verdad. Si vosotros huis, os hago una única petición. Cargaré una guillotina al hombro y, si huis, no cultiváis la tierra ni fundís hierro, y tampoco queréis la bala, entonces me apretaréis contra la guillotina, y me cortaréis la cabeza de un tajo.⁴

»Me acomodaré a vosotros, que me guillotinaréis y os marcharéis. Pero ¡a dónde vais a ir!

»Sólo os hago esta petición; una vez que me hayáis cortado la cabeza, no tendréis que trabajar ni que fundir hierro. Marchad.»

1. El *mu* 亩 es una unidad de medida para los campos, correspondiente a cerca de dos terceras partes de una hectárea. En chino no varía el término para singular o plural pero, en esta traducción, se utilizará la concordancia en plural para facilitar la lectura del texto.

2. La medida de peso del texto original es el *jin* 斤, equivalente en la actualidad a 500 gramos. Para facilitar la lectura se sustituirá por la libra, antigua medida de peso castellana, equivalente a 460 gramos.

3. «Alcanzad la luna» es una referencia a un poema de Li Bai 李白 (701-762), utilizada también por el presidente Mao Zedong 毛泽东 en uno de sus poemas y popularizado más tarde con el sentido de «alcanzar las más grandes metas». Por otra parte, la expresión «disparad al sol» hace alusión a un antiguo mito chino sobre cómo la tierra y los campos estaban secos a causa de la existencia de diez soles, y el famoso arquero Houyi 后羿, disparando sus flechas a nueve de ellos, consiguió que quedara un único sol. Por eso, a partir de entonces, el clima del planeta se hizo más benigno.

4. En China era habitual el uso de guillotinas para múltiples tareas agrícolas o en la preparación de hierbas para la medicina tradicional.

Entonces el cielo oscureció. Y así fue. Al caer la oscuridad otoñal, el Cielo y la Tierra se sumieron en el vacío del caos, bruno y verde, como un melón. Los hombres se dispersaron; todos llevaban en la mano diplomas de papel blanco y reborde rojo, con la palabra «premio», la bandera y el emblema nacional en la parte superior. En el lugar donde debía aparecer texto, había impresa una bala, de color dorado, inmensa, que se asemejaba a una fruta entre las hierbas. Dijo Dios: «Haya luceros en el firmamento celeste, para separar el día de la noche, para señalar las solemnidades, los días y los años, y sirvan de lumbreras en el firmamento celeste para iluminar todas las cosas sobre la tierra». Y así se hizo. Entonces, hizo Dios dos grandes lumbreras, la mayor para regir el día, la menor para regir la noche, además de una multitud de estrellas, y púsolas en el firmamento celeste, para iluminar todas las cosas sobre la tierra, y rigieron el día y la noche, para apartar la luz de la oscuridad. Y vio Dios que estaba bien. El mundo había sido creado. Había ocaso, y había amanecer. Al momento poco antes de la noche, lo llamó atardecer. Al momento poco después del atardecer, lo llamó noche. La llegada de la noche aconteció silenciosa, cesaron todos los ruidos, si bien persistían movimientos y un rumor en el corazón de la tierra que se propagaban por la superficie terrestre; si bien persistía el murmullo de la vegetación que se dispersaba por los aires; si bien hubo cantos de gorriones que regresaban. Hubo pesar y abatimiento entre los hombres. Todos habían cogido un diploma, como si llevaran una flor en la mano; todos estaban abatidos y en silencio, cual flores marchitas languideciendo con la llegada del otoño como la melancolía de la noche.

Y así fue. El niño regresó a la habitación donde dormía. Sobre la madre tierra una inmensa quietud. El silencio sostenía los pasos de los hombres, al igual que la superficie del agua sostiene todo aquello que flota sobre ella.

2. *El niño del Cielo* (pp. 19-23)

Haced añicos los cielos y disparad a los soles, alborotad Cielo y Tierra.¹

1. Se trata de una nueva alusión al mito de Houyi, explicado en la nota 3 de la página 24.

Competían por una cosecha abundante, cultivaban trigo. Los hombres removían la tierra. En el mes de septiembre, el cielo alto y amplio era inmenso, el aire otoñal inundaba los extensos campos. Allá donde el sol quería, iluminaba; allá donde no quería, no iluminaba. Igual el viento: si quería agitar las copas de los árboles, las agitaba; si quería agitar los cabellos de los hombres, el sonido de la fresca brisa golpeaba sus rostros; si deseaba soplar y deslizarse por la superficie de la tierra, la vegetación y la madre tierra se ponían de cháchara, y se susurraban confidencias al oído. Decían estar a la orilla del río Amarillo, pero de hecho se encontraba lejos. No se veía correr el agua, sólo se divisaba la inmensidad de las tierras entre el campo de re-formación y la ribera del río Amarillo. No se avistaban aldeas, sólo se veían, uno a uno, los grupos de individuos de los campos de re-formación.

Los campos de re-formación se encontraban distantes, no se relacionaban unos con otros.

Y diseminados por los campos, los hombres removían la tierra. Nada más levantarse por la mañana, removían la tierra. Tras desayunar, removían la tierra. Al llegar el mediodía, removían la tierra. «Ordénese hasta el campo 99 –dijeron arriba– que los hombres, las tierras y los cultivos dispersos por la ribera del río Amarillo se dispongan en campos de re-formación.» Y hubo campos de re-formación. Dijeron arriba: «Que todos los hombres y las tierras del campo se numeren, para facilitar el gobierno, las reformas y los castigos». El Cielo administraba la Tierra, y la Tierra administraba a los hombres. «Que realicen labores manuales.» Y otros vinieron a asignarlas. Fueron otros quienes dispusieron dónde debía estar el campo 1, el 2... hasta el 99. Arriba dijeron: «Está bien que realicen labores manuales, se los premiará, se los castigará y se re-formarán». Y realizaron labores manuales día y noche; los educaron y los re-formaron. Daba igual su procedencia: de la capital, del sur, de la capital provincial o de allí mismo; catedráticos, cuadros del Partido, eruditos, profesores o pintores, sabios dotados de enorme talento o con conocimientos suficientes para llenar cinco carros. Terminaron por llevarlos allí a todos para educarlos mediante el trabajo manual, para formar hombres nuevos. Dos, tres, cinco u ocho años, o simplemente toda la vida.

Y así se hizo. Realizaban labores manuales, se re-formaban.

Cerca del mediodía, llegó el niño. Los hombres eran estrellas sobre la tierra. Había pájaros en el cielo. Un vapor de agua con un olor

intenso se extendía desde el lejano río Amarillo. El campo, recién arado, estaba rojo y amarillo, centelleaba bajo la luz. De la madre tierra emanaba un cálido aroma terroso, acumulado durante miles de años, como una neblina de seda flotante que se mecía bajo la luz. Los hombres estaban en el suelo, totalmente exhaustos, descansando en cuclillas. Llegó el niño y, al verle, se apresuraron a retomar la labor. Hubo quien estaba distraído y no percibió su presencia; el niño se le acercó, se colocó delante de él –sabía que era un escritor con ideas propias– y le dijo: «Tus libros son una cagada de perro».

El escritor se sobrecogió y asintió con la cabeza: «Mis libros son una cagada de perro».

«Repítelo tres veces.»

El escritor repitió tres veces: «Mis libros son una cagada de perro».

El niño se alejó sonriendo.

El escritor también sonreía, y volvía a afanarse en cavar la tierra.

Se topó con un profesor que era un erudito y estaba en cuclillas leyendo un libro. No había visto al niño, mientras que este sí le había visto. En pie tras él, soltó unas toses: «¿Sigues leyendo?».

El erudito se asustó, se puso en pie, guardó el libro en su pecho y, con aire desafiante y una mirada despectiva, agarró la pala y se dispuso a remover la tierra.

El cielo era azul, alto y con tenues nubes. La tierra removida por el erudito era fresca y fragante. El campo 99 estaba organizado en turnos de trabajo. Removían la tierra en pelotones, dispersos entre los campos al este. Entre el primer y el tercer pelotón había un largo trecho, extensos terrenos. Las cañas de maíz de la estación precedente, abandonadas en los linderos, formaban un círculo rodeando los árboles, permitiendo a los hombres deslizarse bajo ellas en busca de calor, o para cualquier otra cosa. Estaban todos los hombres del tercer pelotón. Todos removían la tierra. Sin embargo, una inspección más minuciosa puso de manifiesto que faltaba uno. Tras observar la mirada de un hombre que le seguía, el niño se encaminó hacia el lindero, se dirigió a las cañas de maíz que había en torno a un álamo, con perspícaz sabiduría e insidiosa lucidez.¹ Dio una pa-

1. El autor hace un juego de palabras, alterando el orden de los caracteres y cambiando el sentido de una expresión budista (*zhibui* 智慧), cuyo significado original es «perfecta sabiduría».

tada a las cañas. Dio otra patada. Salió un hombre, con la cabeza coronada de hojas y hierbas secas.

Al ver al niño, palideció de espanto.

«¿Orinando?», preguntó el niño.

Él no dijo una palabra.

Volvió a preguntar: «¿Estás orinando?».

El hombre siguió sin pronunciar una palabra.

De un manotazo, el niño levantó las cañas de maíz alrededor del árbol. Vio que habían construido una cueva con ellas. En su interior había luz. Había una luz sobre el árbol. En el árbol había pegada una estampa de la Virgen María. El niño no conocía a la Virgen, pero advirtió su extremada hermosura. Se trataba de una estampa vieja y sucia, pero la mujer era bondadosa y bella. El niño la miró sonriendo, volvió a tapar el agujero de las cañas; su sonrisa desapareció y su semblante se tornó frío:

«Repite tres veces: soy un maleante, ¡soy un maleante!»

El hombre no dijo nada.

«¿No vas a decir qué hacías metido ahí dentro? Y encima con una mujer occidental.»

El hombre no dijo nada.

«Vale con repetirlo dos veces», cedió el niño.

El hombre no dijo nada.

A lo lejos, un grupo de gente removía la tierra y observaba la escena. Desconocían lo que estaba sucediendo. Únicamente observaban, y Cielo y Tierra se hacían eternos. El niño estaba un poco impaciente; dio un paso hacia adelante y continuó interrogando: «¿De verdad no vas a decírmelo? Si no lo haces, romperé la estampa, la pondré en lo alto del muro del campo y diré que has estado en una cueva de cañas del lindero manteniendo relaciones con esta mujer».

El hombre no dijo nada.

El niño, ante la impotencia, volvió a dar una patada a las cañas, despejó la entrada de la cueva, se volvió dando la espalda a la gente, colocado frente a la estampa se desabrochó el cinturón con intención de bajarse los pantalones, e hizo el gesto de orinar sobre la estampa. En ese momento, el hombre se sumió en la desesperación y cayó súbitamente de rodillas ante el niño: «Te lo suplico, no hagas eso».

Dijo el niño: «Repite: “Soy un maleante”; basta con decirlo una sola vez».